

HISTORIA Y LITERATURA:

conversación con Georges Duby*

Antoine de Gaudemar

Traducción de Alfonso Rincón González

Uno de los más célebres representantes de la Nueva Historia publica una biografía!

A través de la vida del caballero Guillermo el Mariscal, Georges Duby evoca toda la sociedad de los guerreros de los siglos XII y XIII. Los tiempos actuales y sobre todo el porvenir de la escuela le inspiran también algunas reflexiones.

Hay que tomar el camino de la Chaîne y después el de la Poudrière. Luego hay que subir a través de los viñedos por un último camino de tierra roja y de piedras blancas. La casa de Georges Duby se halla en lo alto, al final de aquellas pequeñas rutas que tienen nombres guerreros, al pie del pinar negro que trepa por las rocas. Detrás, como centinela telúrico, se levanta el tormentoso acantilado de Sainte-Victoire. En ese rincón de Provence, a varios kilómetros de Aix, cada paisaje es un cuadro, desde cuando los pintores del siglo pasado, uno de los cuales se llamaba Paul Cézanne, santificaron esos lugares. Más abajo, sola, retumba la autopista que se lanza hacia les Maures y l'Estérel rompiendo las colinas.

La casa —tejas envejecidas, muros entre gris y blanco, losas y grava sobre el terraplén, cipreses y plátanos— está escondida en lo alto del pequeño valle. Hace treinta años vive allí el historiador Georges Duby: *'He tenido que venir a enseñar a Aix. Amo esta región'*. No va a París, en donde nació de una familia de artesanos, sino en escasas ocasiones para un curso de tres meses en el Colegio de Francia en donde desde 1970, enseña la historia medieval. Simbólico recorrido. En este cargo, vacante hasta entonces, sucede a Jules Michelet! Georges Duby ha preferido siempre su retiro provenzal a los honores con que ha sido colmado (es miembro del Instituto, de varias academias ex-

tranjeras y doctor honoris causa de muchas universidades). Es un hombre discreto, de una elegancia ligeramente austera y, si no fuese por el timbre de la voz que recuerda curiosamente el de otro célebre profesor, Raymond Barre, la pasión que lo anima permanecería secreta, como una lejana presencia.

Para festejar su sexagésimo quinto aniversario, Georges Duby se dió un bello regalo: publicó en una nueva colección dirigida por Jean Montalbeti, en Fayard, su primera biografía, consagrada a uno de los más célebres personajes de la historia de la caballería, curiosamente desconocido, Guillermo el Mariscal, el mejor caballero del mundo. De este modo, la Nueva Historia, nacida de la Escuela de los Anales de Marc Bloch y de Lucien Febvre, penetra, por medio de una de sus figuras, en el santuario de la historia tradicional: la biografía. Se trata sin embargo de una biografía de un género nuevo: Georges Duby aprovecha el relato de la vida de Guillermo el Mariscal para precisar todo lo que se conoce sobre el segundo de los tres órdenes que fundamentan la sociedad feudal: los guerreros. Qué sorpresa descubrir el carácter secreto y profundamente homosexual de la caballería y ver barridos en algunas brillantes páginas tantos discursos tontos sobre el amor cortés! No es mérito pequeño de este libro lírico y chispeante, en donde el arte de la escritura rivaliza con la fineza de la erudición, combinar el placer de las palabras con el rigor de los comentarios.

Para un historiador, ser escritor, escribía recientemente Pierre Nora a propósito de Georges Duby, es pertenecer simultánea y completamente a su tiempo y a la época de la que habla, es ser lo más moderno y lo más natural cuando se esperaría todo lo contrario. Así viaja Georges Duby en nuestra arcáica memoria, utilizando el lenguaje de hoy: ora evoca los 'happenings' de los caballeros, ora a los 'intelectuales' clericales...

* Lire, No. 109 Octubre 1984

En otros libros, el historiador interrogaba a las piedras, a los vitrales. En esta ocasión interroga otra clase de obra maestra: un cantar de gesta de veinte mil versos dedicado por completo a perpetuar la gloria del personaje que celebra. Del diálogo entre un pergamino y un historiador renace bajo nuestros ojos el teatro de la caballería. Y si, gracias a Guillermo el Mariscal, de nuevo, se levanta el velo sobre este gran acontecimiento, también se dibuja en filigrana el rostro cada vez menos enigmático del trovero que hizo la crónica y sobre todo de la sociedad que tuvo su pluma. Se puede avanzar entonces en la comprensión de uno de los mecanismos fundamentales de la memoria del hombre: la fabricación de la historia.

A.G. *Con su libro Guillermo el Mariscal usted es doblemente innovador, primero porque esa obra es la primera de una nueva colección dirigida por Jean Montalbetti e intitulada 'Los desconocidos de la historia', y segundo porque usted publica su primera biografía.*

G.D. Es cierto. Hasta ahora nunca me había arriesgado a organizar mis investigaciones en torno a un único personaje. Yo trabajo sobre un período, la Edad Media, en el cual es difícil tratar destinos individuales que iluminen la sociedad en su conjunto. Sin embargo siempre he amado los estímulos externos y casi todos mis libros han sido hechos por encargo. La propuesta de Jean Montalbetti me sedujo mucho: poner de manifiesto a gentes poco conocidas pero susceptibles por su historia y su personalidad, de valorar mejor zonas mal conocidas del pasado. Para ésto disponía de un testimonio conocido por los especialistas pero ignorado por el gran público, un texto que relata la vida y las hazañas de Guillermo el Mariscal, de quien se decía en la corte de Felipe Augusto que era el mejor 'caballero del mundo'. Es un texto que nos permite comprender un elemento fundamental de la sociedad feudal, la caballería. Mientras que poseemos escritos de la inteligencia eclesiástica de la época, el relato de la vida de Guillermo el Mariscal es uno de los raros textos que nos haya llegado de la otra parte de la clase dominante, la parte laica, la de los hombres de guerra.

A.G. *Los extractos de ese relato que usted nos da a leer dejan adivinar un texto magnífico...*

G.D. Su belleza ha impedido quizás su desaparición. Las obras maestras tienen la vida más dura. Escrito sobre ciento veintisiete hojas de pergamino de las cuales no falta ninguna, es un poema de

diecinuevemil novecientos catorce versos compuestos después de la muerte de Guillermo el Mariscal y por encargo de su hijo mayor. El autor es un trovero anónimo. El poema está escrito en francés, aunque Guillermo era un inglés, pues el francés es, a comienzos del siglo trece, la lengua de la aristocracia. Se trata de un panegírico, de un monumento fúnebre destinado a fijar el recuerdo de un hombre juzgado excepcional por sus pares. En esa obra tenemos, e insisto en subrayarlo, la primera biografía en lengua francesa. El autor ha utilizado todos los documentos a su disposición y ha recogido los testimonios de los allegados al desaparecido, en particular de quien fue su escudero y su más fiel amigo y quien relató las gestas de Guillermo el Mariscal de la misma manera que, un siglo más tarde, Joinville inmortalizaría los hechos y las palabras de su señor San Luis. El poema, cuya redacción exigió siete años, es de una precisión extraordinaria y concuerda *grosso modo* con lo que, por otros conductos, sabemos de la época. Esta credibilidad impresionante habla muy bien de la fuerza de la memoria de las gentes de entonces. En una sociedad en la que la escritura todavía no está muy extendida, la memoria individual está extremadamente adiestrada.

A.G. *La vida y el destino de su héroe son tan ejemplares que es asombroso que haya sido tan poco conocido.*

A.G. Guillermo el Mariscal podría ser el D'Artagnan de la Edad Media y si este libro contribuye un poco a hacerlo conocer, tanto mejor. Es un personaje que debería estimular a los novelistas y a los guionistas al menos tanto como lo han hecho Parsifal y Lancelote! Pues él es el arquetipo del caballero del siglo XIII. Cuando muere, en 1219, es un anciano de casi ochenta años, pero ya es casi una reliquia, en todo caso es el símbolo de un modelo cultural un poco superado.

A.G. *¿Por qué?*

G.D. Lo que pasa entonces en Europa es comparable al gran boom de finales del siglo diecinueve. Explosión demográfica, despegue económico, circulación masiva de dinero, urbanización, construcción de catedrales, nacimiento de la literatura francesa y de la universidad: los comportamientos y los valores de la caballería tradicional van a parecer muy pronto pasados de moda, tanto más cuanto el desmembramiento feudal desaparece poco a poco en beneficio de estados fuertes. Es la hora del gran crecimiento capeto, que coloca al reino de Francia en el primer plano europeo, y del

nacimiento de los principados, especialmente el de los Plantagenet, que reagrupa alrededor de Anjou y de la Normandía, a la Aquitania y al reino de Inglaterra. Guillermo el Mariscal pertenece a la casa de los Plantagenets, los grandes rivales de los Capetos, él es pues inglés.

A.G. *¿En qué ha utilizado usted el relato de la vida de Guillermo el Mariscal de manera diferente a los demás historiadores?*

G.D. Hasta ahora, quienes han utilizado ese texto han hecho historia política y gracias a él han llenado vacíos en lo que se refiere al conflicto entre Francia e Inglaterra o al funcionamiento de las instituciones. Por mi parte, yo estudio desde hace más de treinta años las estructuras y las ideologías de la sociedad feudal. El relato de la vida de Guillermo me es infinitamente precioso: es la memoria caballerescas casi en estado puro. Me permite reconstruir todo un palmo de la sociedad feudal: la caballería. Y el hecho que ese texto haya sido escrito en un momento en que aquella se sentía amenazada, lo hace aun más apasionante pues el autor no deja de recordar con fuerza los valores fundamentales de ese orden.

A.G. *¿Cómo se constituyó ese orden?*

G.D. El orden caballeresco se edificó frente a la omnipotencia del orden eclesiástico. Los caballeros son piadosos, respetan la Iglesia y el culto, parten en cruzada cuando es preciso, pero no quieren ser prisioneros de la moral clerical. La ideología caballerescas encuentra ahí su anclaje: ella modela, poco a poco, sus propias leyes, sus propios ritos, su propia moral, por oposición a la Iglesia. Una prueba: desde 1130, la Iglesia condena los torneos, esos simulacros de batallas en donde se liberan demasiadas violencias profanas y que se multiplican en la Francia del norte. Guillermo, en su lecho de muerte, cuando se le presiona por todos lados a que distribuya sus riquezas a la Iglesia para el reposo de su alma exclama: 'Las gentes de iglesia se ensañan contra nosotros; nos fastidian demasiado. Durante mi vida yo tomé por lo menos quinientos caballeros, de cuyas armas, arneses y caballos me adueñé. Si por éso el reino de Dios me es negado, estoy fregado. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo quieren ustedes que devuelva todo?'

A.G. *¿Cuáles son los valores de la moral caballerescas?*

G.D. Hay tres valores principales. La 'proeza', es decir el coraje. La 'lealtad', que hace que uno no

traicione la palabra dada a sus consanguíneos, a su señor o al rey: notemos de paso que el vínculo de fidelidad al vasallaje es más fuerte que el de fidelidad al rey: el rey todavía no tiene la importancia que tendrá más tarde. Finalmente la 'largueza', la generosidad que se hace más fastuosa a medida que el dinero circula: ella distingue a los caballeros de los nuevos ricos, los burgueses que amontonan dinero. Un caballero no se apegas a la riqueza, él la distribuye y, si la toma de los demás, es para poder dar abundantemente.

A.G. *Esos bellos valores morales ¿no esconden acaso el aspecto turbulento de la caballería?*

G.D. Estamos, en esa época, en una sociedad violenta marcada por discordias interminables de las cuales la guerra es uno de los momentos fuertes. Y las batallas, que nunca duran demasiado tiempo, no bastan para calmar el ardor de los guerreros. Es así como se puede comprender el desarrollo formidable de los torneos en la Francia del noroeste en el siglo XII. Miles de versos de la biografía de Guillermo el Mariscal están consagrados a describir en detalle las hazañas de los caballeros en los torneos. La canción se convierte entonces en una obra maestra de la literatura deportiva. Los torneos son a la vez ejercicios de entrenamiento, de selección y de liberación para los caballeros y ocasión de grandes espectáculos para la aristocracia. Cada semana se dan cita, en tal o cual ciudad, bandas venidas de todas partes con sus padrinos, y se constituyen en equipos nacionales, bajo el estandarte de diferentes familias y provincias. Los encuentros son grandes altercados sobre vastas extensiones en el curso de los cuales se trata de derrotar a los adversarios, de hacer prisioneros y de obtener el mayor botín. Al atardecer se desarrollan grandes fiestas. Los caballeros construyen su renombre en estos torneos. Empezando como un campeón, como un as, es como Guillermo se volvió célebre.

A.G. *¿Usted emplea ese vocabulario deportivo a propósito?*

G.D. Efectivamente. Hay una cierta semejanza entre los torneos feudales y el deporte contemporáneo. Como el deporte hoy, el torneo era, entonces, un medio político para resaltar el prestigio de una familia, de una casa, de una provincia y un medio de enriquecerse.

A.G. *Lo que sorprende al leerlo a usted, es el carácter masculino del universo caballeresco.*

G.D. Sin duda. La caballería es un mundo de hombres y las mujeres no desempeñan allí sino un papel ciertamente secundario. El único acontecimiento importante de la vida de estas últimas es el matrimonio. En mi libro, *El caballero, la mujer y el cura* he mostrado la importancia dada por la Iglesia a la institución del matrimonio y la otorgada por la aristocracia a las estrategias matrimoniales. Es el matrimonio el que hace el poder: el caballero no desea a una mujer sino por las riquezas que ella puede ofrecerle, y quien logra un buen matrimonio se eleva al rango de los poderosos. Guillermo espera mucho tiempo antes de casarse, cuando contrae nupcias ya tiene casi cincuenta años y su matrimonio lo hace casi cambiar de clase. Tal es el lugar de las mujeres en el mundo caballeresco, y lo que se suele llamar el amor cortés me parece ser muy diferente de lo que se ha querido narrar a ese respecto. Un indicio interesante: de los veintemil versos de la canción de Guillermo el Mariscal, apenas algunos están consagrados a las mujeres. Fuera de su madre y de sus hermanas, solamente tres mujeres aparecen en la vida de Guillermo. La primera lo cura cuando es herido en un torneo; en un camino acude en ayuda de la segunda. La tercera es la esposa de su señor, con quien se le acusa de mantener relaciones culpables. Situación clásica de la novela de caballería, tipo Tristán e Isolda: ganar el amor de la mujer de su señor forma casi parte de las hazañas del caballero. Cuando son denunciados, los amantes son perseguidos por el señor. El exilio mortifica profundamente a Guillermo quien siempre se ha considerado inocente y quien ha perdido el amor de su señor. Pero pronto será llamado de nuevo y recomenzará el idilio entre Guillermo y Enrique Plantagenet. Sea lo que sea, lo que se llama amor cortés es algo que será, ante todo, asunto de hombres, de vergüenza y de honor, y de amor viril. Otro indicio de éste es que, por el uso que recibe la palabra amor en la canción de Guillermo, se ve que lo que subyace a las mímicas del amor cortés, es el amor de los hombres entre sí.

A.G. *¿Quiere usted decir que la sociedad caballeresca era una sociedad secreta pero profundamente homosexual?*

G.D. Hacer una apología fúnebre exige una cierta discreción y la Iglesia siempre ha condenado el pecado de sodomía. Sin embargo tengo que atenerme a lo que leo y no puedo forzarme a hablar de amistad allí donde hay mucho más que ternura, allí donde hay amor. Yo no sé si sea preciso hablar de homosexualidad en el sentido moderno del término, digamos más bien que la caballería es una

sociedad de guerreros cimentada en el amor viril. Poseemos, igualmente, otros testimonios, muy discretos pero muy claros que provienen del mundo de los clérigos. Entre los caballeros, el amor viril es una relación institucionalizada y el amor cortés parece servir de cortina de humo o, en todo caso, de expresión aceptable de ese sentimiento particular que experimentan los guerreros entre sí.

A.G. *Si tal es el caso, sería preciso revisar todo lo que se ha dicho a propósito del amor cortés!*

G.D. Seamos prudentes! Estoy convencido de que existe una fuerte tendencia homosexual en la sociedad caballeresca; después de todo, no es muy sorprendente, puesto que se trata de un mundo masculino. Esta tendencia es entonces tabú y es reprimida muy fuertemente, de ahí la pantalla del amor cortés. Ese problema será el tema de mi curso durante el próximo invierno en el Colegio de Francia. Espero llegar a mostrar la relación entre la homosexualidad de la caballería y el nacimiento del amor cortés. Lo que ya desde ahora me parece evidente es que hablar, aquí y allí, de una así llamada emancipación de la mujer en la sociedad caballeresca es un absurdo. Si, en ocasiones, las mujeres son colocadas sobre un pedestal es por el partido y la dote que ellas representan. El silencio de los veintemil versos de la canción de Guillermo el Mariscal son bastante dicentes de la condición femenina o más bien de la consideración que los caballeros tenían entonces por la mujer: desdenable.

A.G. *La caballería aparece como un mundo de hombres, violento pero bien enmarcado, muy jerarquizado pero solidario, generoso pero no sin despreciar a los otros órdenes. Habría que añadir que es una sociedad del espectáculo.*

G.D. En cierto modo sí. Todos los actos de la vida de un caballero están efectivamente ritualizados y son pretextos para espectáculos: el armar caballero (la entrega de la espada, la intronización), los torneos, el matrimonio, la muerte. En esta época las gentes se distinguen por sus apariencias. El hábito hace al monje y el espectáculo hace el acontecimiento. Así son todas las sociedades tradicionales. La muerte de Guillermo el Mariscal es suntuosa, y nosotros, que escondemos la muerte y queremos despacharla lo más rápido posible, podemos asistir a todo el ritual de la muerte del caballero, un espectáculo lento y regulado, un paso solemne de un estado a otro.

A.G. *Lo que usted dice de la muerte es sintomático de la distancia que existe entre nuestra sociedad y esa sociedad caballeresca.*

G.D. Los caballeros nos parecen seres muy lejanos, y extraños. Son y no son a la vez nosotros mismos, son y no son nuestros antepasados y nuestros imposibles ancestros. Son a nosotros un poco lo que los héroes del western son a la sociedad americana. Seres marginales, a menudo fuera de la ley aunque estén regidos por unas reglas y una moral. Sin embargo, los caballeros han promovido valores que poco a poco se han diluido en la sociedad, aun si aparentemente, quedan, hoy en día, algunos vestigios, por ejemplo en el lenguaje amoroso.

A.G. *¿No existe un cierto riesgo de extrapolar a partir de un solo caso y de enunciar un sistema de vida, en el caso presente, el de la caballería?*

G.D. Ya me referí a la seriedad con que trabajó el trovador anónimo que compuso el texto que me ha servido de base. Su testimonio es tan digno de crédito como el de los historiadores o cronistas reconocidos de su tiempo. Todo lo que he aprendido desde hace muchos años sobre la sociedad feudal me permite ser categórico a este respecto. También dije que ésta era efectivamente la primera vez que escribía un libro a partir de la historia de un solo personaje. He tratado de deducir todo lo que era posible, pues el respeto que uno le debe a una fuente va paralelo a su cuestionamiento. Como todo historiador prisionero de sus fuentes, trato de ver todo lo que ellas dicen pero también todo lo que no dicen. Hay que saber interpretar los silencios de la historia.

A.G. *Pero la rareza de las fuentes, y en particular en lo que se refiere a la Edad Media, ¿no le ha planteado a usted problemas?*

G.D. A riesgo de provocar su asombro, le respondería diciendo que ha sido todo lo contrario. A menudo me preguntan por qué he escogido la Edad Media como objeto de estudio. Entre las múltiples razones, menciono una: para este período, el terreno del historiador está bien delimitado, no hay mayores descubrimientos que esperar, el número de las fuentes está bien establecido; en una palabra, el historiador puede con bastante facilidad dominar todos los documentos existentes. Siempre he encontrado éso cómodo y aun estimulante. Pues la rareza de las fuentes exige cualidades particulares que me parecen indispensables,

tales como la imaginación y la aptitud para captar el mensaje de los testigos. Sobre la Edad Media hay muchos vacíos, muchos interrogantes, pero la parsimonia me ha descaminado mucho menos que la profusión. Me dan lástima mis colegas que han escogido el siglo XX como centro de sus trabajos. Tendrán muchas dificultades, aun con la ayuda de los computadores.

A.G. *¿Es usted historiador por vocación?*

G.D. No, y no me da vergüenza decirlo. Primero he sido geógrafo. Fue uno de mis maestros de facultad quien me entusiasmó por la historia medieval que él enseñaba. Después de la agregación, escribí mi tesis doctoral sobre la sociedad feudal de Cluny. Mi puesto de asistente en la universidad me permitió combinar inmediatamente la enseñanza y la investigación, dos actividades que para mí son indisolubles. Sin duda algo cambió el día en que un editor que no conocía, Albert Skira, me preguntó si quería escribir una serie de tres libros sobre la relación entre la organización de la sociedad medieval y la creación artística, problema que me apasionaba desde hacía tiempo. De ahí resultó *El tiempo de las catedrales*, obra que me permitió llegar a un público más amplio y que satisfizo mi deseo de escribir libros de historia como si fuesen libros de literatura. Existe en Francia una curiosidad tal por la historia que el deber de los historiadores profesionales es también el de ser verdaderos escritores. No sería lo que soy si no hubiese tenido, a lo largo de mi vida, una familiaridad con los libros, particularmente con la novela, y si no hubiese tenido el gusto de escribir, placer que es tan doloroso y tan gratificante a la vez.

A.G. *¿Cuáles son los escritores que han contado más para usted?*

G.D. El abanico es grande. Podría ir de Stendhal, de quien he leído siete veces *La cartuja de Parma*, a Giono, o a Montaigne y a Chateaubriand, pasando por Laclos y Saint-Simon como también por Dickens y Tolstoi.

A.G. *En ese panteón, no hay muchos escritores contemporáneos.*

G.D. A decir verdad he quedado insatisfecho particularmente en materia de novela francesa. Felizmente, podemos leer novelas que nos llegan de Europa central y de América Latina, pero allí también la veta parece agotarse si no es que se extingue.

A.G. *Pintor ocasional, ¿usted también es un gran amante del arte?*

G.D. ¿Cómo no amar el arte? Desde hace mucho tiempo tengo amigos artistas, pintores en su mayor parte, como Soulages o Zao Wou-ki. He escrito textos para Vieira da Silva, Alechinsky o André Masson. Todo éso forma parte de mi vida y también de mi oficio, pues si la historia es una ciencia también es un arte. Transmitir una emoción ante los vestigios del pasado es competencia del arte. La historia exige claridad, lucidez, paciencia pero también estilo e imaginación. En una palabra, exige lirismo. Yo he dicho a menudo que no creo en la objetividad del historiador. Este debe ser un hombre apasionado. Debe saber comprometerse, pues sólo entonces podrá hacer comprender la época de la cual habla.

A.G. *¿Esa misma preocupación de accesibilidad y de comunicación la encontramos en su forma de interesarse, en cuanto historiador, por la televisión y por el cine?*

G.D. Efectivamente. La Edad Media y nuestra época tienen quizás algo en común: un mismo deseo de imagen, de representación. Además estamos aprisionados por la famosa sociedad del espectáculo y es bajo ese aspecto que me interesan el cine o la televisión que son los medios de masa. Por una parte, yo trabajo con Serge July, el director de "Libération", como guionista, y con Miklos Jancso, como realizador, en la adaptación cinematográfica de mi libro *El domingo de Bovines*. Por otra parte, participo en la elaboración de una serie televisada sobre la guerra de los Cien años que, así lo espero, tendrá tanto éxito como la anterior: *'Europa en tiempo de las catedrales'*.

A.G. *¿Cómo es posible, en el caso de Bovines por ejemplo, evitar todos los escollos de la reconstitución histórica?*

G.D. Ese es un problema real que han logrado superar, cada uno a su manera, Rossellini o el mismo Bresson. Si hoy se sabe todo lo referente al siglo XIX, cuántos interrogantes existen aun sobre la Edad Media. ¿Cómo se vestían las gentes, qué comían, qué gestos hacían, qué palabras empleaban? Preguntas triviales en apariencia, pero que, a la verdad, son muy embarazosas; el historiador sabe ciertas cosas de manera segura, pero con respecto al resto, adivina, imagina...

A.G. *La huella de un sueño no es menos real que la de un paso escribió usted. Del mismo modo, el historiador sueña...*

G.D. Sí, él sueña aunque controle su imaginación. La adaptación cinematográfica confronta al historiador con sus sueños, él se estrella contra los obstáculos de la representación. Tiene muchos problemas que resolver. Trabajar en este tipo de proyecto me ha obligado a realizar nuevas investigaciones. Usted se da cuenta de que no pierdo mi tiempo.

A.G. *¿Qué piensa usted del engolosinamiento actual con la Edad Media?*

G.D. Las gentes hacen cada día más turismo inteligente, y el hecho de que millares de personas penetren en la catedral de Chartres o en la Abadía de Fontevault no es ajeno quizás a este fenómeno. Además, la Edad Media es un mundo maravilloso, es nuestro western, y el interés por ella responde a la demanda creciente de evasión y de exotismo de nuestros contemporáneos. Finalmente, es una época mal conocida, la menos enseñada en la escuela siendo, por lo demás, nuestro terruño ancestral común.

A.G. *Usted es modesto pues nada dice de lo que ustedes, los historiadores de la Nueva Historia, han hecho para hacer conocer mejor nuestro pasado y para hacer comprender mejor nuestro presente a la luz de ese pasado.*

G.D. Quizás, aunque a priori sea más fácil captar la influencia que ejerció sobre nuestra época el movimiento obrero del siglo XIX, que la que ejerció sobre esta misma época la caballería. Pero es indudable que la crisis actual del matrimonio nos remite a la historia de ese sacramento y a las razones de su institución en la Edad Media. Todo el éxito de la Nueva Historia se basa en el hecho de que esta disciplina ha debido y ha sabido responder a los desafíos sucesivos de las ciencias humanas, de la antropología, de la sociología y aun del psicoanálisis. La historia ha llegado a ser importante porque ha sabido asimilar el aporte de esas nuevas investigaciones. En lo que a mí concierne, debo mucho a Fernando Braudel, mi maestro, pero también a sabios como Georges Dumézil, Claude Lévi-Strauss, o Michel Foucault, a quien admiro mucho. Lo que hace la fuerza de la historia hoy, al menos en Francia, es que posee una voluntad decidida de poner todo en relación, es una ciencia de síntesis. Pero por mucho que sea el éxito de la Nueva Historia, no hay que exagerar! Michelet ya en su tiempo decía que era preciso hacer lo que hoy hacemos. Además hay fracasos.

A.G. *¿Fracasos?*

G.D. No hablaré sino de uno, pero es monumental. La Nueva Historia no ha logrado entrar en la escuela y no es ajena a lo que se ha dado en llamar la crisis de la enseñanza de la historia. Se ha introducido en los cursos, especialmente en los liceos y en los colegios, y sin suficientes precauciones, la historia de las estructuras en la enseñanza de la historia. Eso ha sido una catástrofe pedagógica pues muchos profesores han vuelto la espalda a la historia 'evenemencial'. Bajo pretexto de renovación, se ha demolido el cuadro sin el cual nada se puede comprender de la historia de las estructuras y de las mentalidades. Por supuesto que hay otras razones que explican la crisis de la enseñanza de la historia, particularmente el problema de la formación de maestros y de la dignidad de la condición del docente. La degradación del estatuto y de la función del profesor es tal en nuestras sociedades modernas que se puede decir sin exagerar que un profesor universitario cuenta hoy mucho menos que un maestro bajo la III República.

A.G. *¿De un modo general, a usted le gusta intervenir en los asuntos de la ciudad?*

G.D. No. Si el historiador tiene aun una función en nuestro mundo, es la de perpetuar entre sus conciudadanos el sentido del civismo y el espíritu crítico. Y es por esa razón que yo lucho por la defensa de la enseñanza de la historia. El historiador debe iluminar la realidad de las cosas más allá de las apariencias engañosas y de los testimonios contradictorios. En el universo de sobreinformación que vivimos, en el cual nuestro cerebro debe enfrentar permanentemente un bombardeo de imágenes y de palabras, de hechos y de comentarios, esta función me parece fundamental.

A.G. *Al oírlo hablar y al observar la importancia que ha tomado la historia en los últimos años, se tiene la sensación de que el historiador está a punto de convertirse en la nueva figura del intelectual contemporáneo. ¿No le parece a usted?*

G.D. No. No lo creo. Para mí esa figura es siempre la del filósofo.